

2016

## Review of Javier Rodrigo, *La guerra fascista: Italia en la Guerra Civil española, 1936-1939*

Antonio Cazorla Sanchez  
Trent University, [cazorla@fake.com](mailto:cazorla@fake.com)

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.asphs.net/bsphs>

---

### Recommended Citation

Cazorla Sanchez, Antonio (2016) "Review of Javier Rodrigo, *La guerra fascista: Italia en la Guerra Civil española, 1936-1939*," *Bulletin for Spanish and Portuguese Historical Studies*: Vol. 41 : Iss. 1 , Article 19.

<https://doi.org/10.26431/0739-182X.1239>

Available at: <https://digitalcommons.asphs.net/bsphs/vol41/iss1/19>

This Article is brought to you for free and open access by Association for Spanish and Portuguese Historical Studies. It has been accepted for inclusion in *Bulletin for Spanish and Portuguese Historical Studies* by an authorized editor of Association for Spanish and Portuguese Historical Studies. For more information, please contact [jesus@udel.edu](mailto:jesus@udel.edu).

**Javier Rodrigo, *La guerra fascista. Italia en la Guerra Civil española, 1936–1939*, Madrid, Alianza, 2016. 367 pp.**

Quizás los mitos son necesarios. Lo malo es cuando somos víctimas de nuestros propios mitos. Uno de los mitos más extendidos de la Guerra Civil española, quizás porque era de los más necesarios, fue que el mundo sano, no el corrompido por el dinero y los prejuicios, quiso salvar a la democracia (o la revolución) española de la reacción (o del fascismo). España en el corazón; pero no toda España sino la buena, la auténtica, la del “pueblo”, esto es, la República. Esta es la causa hermosa que ha quedado reflejada en el arte, la música y en la literatura universal, y en la memoria de los antifascistas españoles y extranjeros. Y por eso seguimos oyendo ideas y dolores repetidos, ahora que parece que la democracia es el régimen político natural de Occidente, a la espera de triunfar en el mundo. En todo caso, el mito dice el “pueblo” no combatió solo: unos cuarenta mil extranjeros de pasaporte pero españoles por honra lucharon a su lado. Y, sigue el mito, ¿acaso la opinión pública mundial (sea lo que sea esta, y además en una época en que las encuestas aún balbuceaban) no estuvo mayoritariamente de parte del Gobierno legítimo? El mito no muere, tan imprescindible, por hermoso y reconfortante cuando la realidad es tan odiosa; el mito sigue diciendo que el corazón del mundo y el futuro estaban de parte de la República.

Sin embargo, pocas verdades del siglo pasado son tan terribles como el amplio prestigio que el fascismo (como ocurrió con el imperialismo, el racismo o más precisamente el antisemitismo) disfrutó. Lo cierto es que antes de que la democracia fuese buena y trajese prosperidad, esto es, antes de la segunda posguerra mundial, el futuro era distinto. Para unos era la revolución social y la dictadura del proletariado, para otros la revolución nacional y la dictadura del líder. E incluso para los que creían en la democracia para su país no era ni mucho menos seguro que creyesen que la democracia era buena para todas las gentes. Y es aquí, en este pasado incierto ante los ojos de los más inocentes de hoy, donde se encontró atrapada la Segunda República española, en una encrucijada muy compleja: entre una parte de las fuerzas sociales que la detestaban (en España y en muchos otros sitios), un mundo que a la hora de la verdad dormía en su propia cama caliente y no sobre el jergón ensangrentado de España, atacada por centenares de miles de soldados extranjeros (quizás hasta 200,000, contando a los marroquíes de Franco), armados hasta los dientes, que mostraron que la causa del fascismo era más fuerte entonces que la del anti-fascismo, mientras que Stalin apostaba, durante un tiempo, a la unidad popular con el oro español.

Javier Rodrigo, autor prolijo, informado y cuidadoso donde los haya, nos cuenta esta historia, o más bien el lado fascista italiano de la misma. La conocíamos (al menos desde los trabajos de John Coverdale), pero él la actualiza gracias a un minucioso e ingente trabajo de archivo, a una lectura intensa de las fuentes publicadas y su enorme capacidad de síntesis. Su planteamiento es sencillo: nadie ayudó tanto a Franco como lo hizo Mussolini; y de hecho nadie ayudó a ninguno de los bandos combatientes, y con más generosidad, que el dictador italiano; y lo hizo porque el plan, del que estaba al corriente, de rebelión de julio de 1936 fracasó. Ese fue el talento perverso de Mussolini: apostar más fuerte cada vez que perdía — como ocurrió en la batalla de Guadalajara en marzo de 1937 — hasta ganar. Más hombres, más material, nuevos

generales: todo por el éxito del Duce. Pero al final, como Rodrigo deja muy claro otra vez, Mussolini ayudó a Franco a conseguir su victoria mientras dejó a su propio país militarmente débil. Esto es, ganó en prestigio menos de los que perdió en material de guerra. Aunque Rodrigo no lo diga, en cierto modo Mussolini pudo haber tenido suerte con su victoria pírrica. Cuando en setiembre de 1939, Hitler, su aliado desde mayo (Pacto de Acero) le engañó e invadió Polonia, mucho antes de que Italia estuviese lista para la guerra, el Duce tuvo que morderse el labio soberbio y declararse neutral. De haber seguido así, o de haber tomado la Batalla de Francia otros derroteros, quizás Mussolini habría muerto en su cama. Pero, por desgracia para él, el Duce creyó sus propios mitos — empezando por la infalibilidad que él y sus lacayos le adjudicaban — y en junio de 1940 se lanzó contra la vencida Francia y el Reino Unido creyendo matar sin apenas pegar un tiro el orgullo herido unos meses antes y el ansia de imperio de cartón piedra. Ya sabemos lo que pasó, incluyendo que mucho después de que el cuerpo magullado del tirano reposase en Predappio, su amigo Franco y los mitos de la Guerra Civil siguiesen vivos.

Pero quedaban (al menos los que sobrevivieron a la guerra de España y a la mundial) los hombres que vinieron a España. Rodrigo nos cuenta en su libro por qué lucharon — desde la ambición al ardor ideológico — y hasta murieron allí. Quizás el autor hubiese debido dejarles hablar más. Los autores españoles tenemos demasiado miedo a que las voces del pasado nos cuenten su presente en nuestros libros. Es una pena. Como lector, me gusta oír lo que dicen quienes son sujetos de un análisis, incluso si es la banalidad de quienes se juegan la vida por intereses o ideas que me repugnan. Pero son personas, y la historia es precisamente eso: contar lo que nos ha pasado a nosotros, los seres humanos. Javier Rodrigo nos ha contado bien la guerra fascista en España. Es de esperar que pronto nos cuente también la de los fascistas.

**Antonio Cazorla Sánchez**

**Trent University**